

Joseph RATZINGER, *Gesammelte Schriften: Kirche – Zeichen unter den Völkern. Schriften zur Ekklesiologie und Ökumene*, 1. Teilband: Bd. 8/1, hrsg. v. Gerhard Ludwig Müller, Freiburg-Basel-Wien: Herder, 2010, 691 pp., 15 x 21,5, ISBN 978-3-451-30210-3.

Gerhard Ludwig Müller, editor de los *Gesammelte Schriften*, plantea en la introducción (pp. 5-8) el punto de partida de la reflexión sobre la Iglesia de Joseph Ratzinger: la eclesiología trinitaria que figura en el primer capítulo de la *Lumen gentium*: «La Iglesia como pueblo de Dios es siempre cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo» (p. 6). Del misterio de la Iglesia en su dimensión trinitaria, se llega a la Iglesia concebida como «sacramento universal de salvación», para alcanzar la comunión con Dios y de los hombres entre sí, como recuerda la Constitución dogmática sobre la Iglesia. Entre las fuentes de la eclesiología ratzingeriana destacan –además de la Escritura y los Padres– algunos maestros medievales y autores contemporáneos, como Möhler, Guardini, De Lubac y Congar, en armonía con los desarrollos propios de las teologías ortodoxa y protestante sobre la Iglesia. En todas estas páginas, el profesor Ratzinger responde a las preguntas: ¿cómo se transmite la autoridad de Cristo?, ¿qué mediaciones presenta?, ¿cuál es la relación existente entre Iglesia universal e Iglesias locales?, ¿cómo puede ser presentada la autoridad papal en ámbitos ortodoxos y protestantes? Destaca, de igual manera, la dimensión marial de la Iglesia, entendida esta como Esposa de Cristo (cfr. Ef 5,25), que bien podría encontrar interesantes resonancias ecuménicas. Constituye, pues, esta publicación una buena noticia para los investigadores y estudiosos en general, pues permite ver en conjunto toda la eclesiología del profesor Ratzinger que, junto con la escatología, constituye la disciplina teológica sobre la que más ha trabajado.

La estructura de este octavo volumen sobre eclesiología, ecumenismo y teología de las religiones ha sido realizada por Maximilian Heim, buen conocedor de la eclesiología ratzingeriana, y quien dirige en la actualidad la austriaca *Philosophisch-Theologische Hochschule Benedikt XVI*. En este primer volumen, se reúnen los que se refieren, de modo más genérico, a la «fraternidad cristiana» (pp. 37-119); el origen, la esencia y la misión de la Iglesia (pp. 121-201); el sacramento universal de salvación en Cristo (pp. 205-515); y la estructura de comunión de la Iglesia (pp. 519-691). El primer apartado

contiene los siguientes textos: *Die christliche Brüderlichkeit* (1960), «Vom Geist der Brüderlichkeit» (1962), y «Die anthropologischen Grundlagen der Bruderliebe» (1970). En ellos aparece, con una metodología inicialmente exegética y bíblica, una indagación sobre el significado de la fraternidad cristiana, como paso previo a la posterior eclesiología eucarística que desarrollará más adelante. Junto a la palabra de Dios, los sacramentos (bautismo, confirmación, orden, eucaristía) se constituyen en elementos estructurales y ordenadores de la misma concepción eclesiológica. La fraternidad cristiana se basa, sobre todo, en la paternidad de Dios y, por tanto, el cristiano ha de estar también íntimamente unido a Cristo por la gracia y los sacramentos (cfr. pp. 67ss.). De esta unión con Cristo vendrá la unión entre todos los cristianos, por lo que «ha de reinar el *ethos* de la igualdad y la fraternidad» (cfr. pp. 76ss.). Esta fraternidad está en servicio de todos, por lo que está, a su vez, abocada a la misión (cfr. pp. 89ss.). Critica, asimismo, Ratzinger la inflación que puede tener esta palabra al no presentar un claro fundamento teológico, al mismo tiempo que indaga en el fundamento antropológico de la fraternidad, que solo puede tener un origen cristológico en el primer hermano Jesucristo (cfr. pp. 105-118).

En la segunda parte se abordan las cuestiones de eclesiología fundamental. «Kirche als Ort des Dienstes am Glauben» (1973) establece como núcleo central la dimensión ministerial de toda la Iglesia, en contra de una presunta visión jerarcológica donde primaría, sobre todo, el poder. Insiste, así, en el cristocentrismo de su eclesiología y la inseparabilidad entre Cristo y la Iglesia, en contra de algunas posiciones formuladas con frecuencia sobre todo en ámbito protestante (cfr. «Das Geschicht Jesu und die Kirche», 1965). Como decían los padres de la Iglesia, Cristo es el sol, y la Iglesia, la luna. Como presupuesto a esta visión unitaria entre Cristo y su cuerpo, el profesor alemán recordaba, en estas líneas, que el Reino de Dios se identifica con la misma persona de Jesucristo, que la institución de los Doce expresa la dimensión misionera y escatológica de la Iglesia y, en fin, que la Última Cena constituye también un momento fundacional del cuerpo místico de Cristo. Cuerpo eucarístico y cuerpo místico se encuentran íntimamente entrelazados. La apostolicidad es, por tanto, uno de los puntos centrales y estructurantes de la presente eclesiología. Y, junto a esta, la eucaristía. En efecto, con «Vom Ursprung und vom Wesen der Kirche» (t.o.: «Die Kirche als Geheimnis des Glaubens», 1967) y «Kirche und Liturgie» (2008), Ratzinger exponía de modo más pormenorizado su ecle-

siología eucarística: el pueblo de Dios vive del cuerpo eucarístico de Cristo, en el que se unen las dimensiones visible e invisible. En fin, «Identification mit der Kirche» (1977) y «Universalität und Katholizität» (2003) constituyen dos escritos con contextos históricos diferentes, en los que, sin embargo, se recuerda de igual modo la dimensión universal de la Iglesia, necesario complemento a la teología de la Iglesia local, tal como veremos más adelante.

El apartado referido a la dimensión misionera y salvífica contiene artículos de primera hora, como las voces del *Lexikon* tituladas «Kirche – Systematisch» (1961), «Haus. Haus Gottes» (1960) y «Leib Christi» (1961), las cuales recuerdan inevitablemente los iniciales estudios sobre la eclesiología agustiniana con que empezó Ratzinger su itinerario teológico, donde se muestra de modo claro su origen sobrenatural y trinitario. Ahí incidía en la dimensión sacramental de la Iglesia, sobre la que pivota íntimamente unida a la mencionada apostolicidad– toda la concepción eclesiológica del teólogo alemán. La Iglesia será «sacramento universal de salvación», del que brotará no solo la comunión entre todos los cristianos –como decíamos–, sino también la misión a todas las gentes. De ahí el subtítulo de esta entrega eclesiológica de las obras completas ratzingerianas («signo entre las naciones»), tal como se expone de modo sumario en «Die Kirche als Heilsakrament» (1982), al seguir la denominación escogida por el Vaticano II. A pesar de poder formar parte del apartado anterior, «Ursprung und Wesen der Kirche» (1990) recuerda la etimología de *ekklesía* como traducción de *qahal Yabvé*, y sus indispensables prolongaciones en las citadas sacramentalidad y apostolicidad de la Iglesia. El famoso «Die Ekklesiologie des Zweiten Vatikanischen Konzils» (1985) recuerda, por su parte, no solo la eclesiología eucarística y la complementariedad entre las imágenes de pueblo de Dios y cuerpo de Cristo, sino también las inseparables instancias del primado petrino y de la colegialidad de los sucesores de los apóstoles. En una postilla, Ratzinger recuerda, a su vez, que «pueblo de Dios» es por tanto un concepto sobre todo teológico, y no solo sociológico.

El problema de la pertenencia a la Iglesia aparece en «Die Kirchenbegriff und die Frage nach der Gliedschaft in der Kirche», de 1969 (t.o.: «Wesen und Grenzen der Kirche», 1963). En estas líneas, el teólogo bávaro analizaba el concepto de Iglesia presente en *Mystici corporis*, en el Vaticano II, y en los ulteriores desarrollos eclesiológicos. En efecto, en torno a los conceptos de pueblo de Dios y cuerpo de Cristo, el autor aprecia la interacción de las perspec-

tivas bíblico-patrística, corporal-jurídica y orgánico-romántica. Son compatibles entre sí. La Iglesia debe, en definitiva, mediante su actividad misionera, transformar Babilonia en una verdadera Pentecostés. «La misión muestra de modo claro lo que la Iglesia es: un servicio al misterio de unidad, que Cristo quiso conquistar por medio del amor crucificado» (p. 307). «Kommunio – Kommunität – Sendung» (1984) insiste, a su vez, en esta misma idea a partir de la eucaristía como origen de la comunión y fuente de la misión, profundizando también en los orígenes y en las implicaciones eclesiológicas de esta comprensión ontológico-sacramental de la Iglesia. La dimensión pneumatológica es también, por su parte, abordada en «Bemerkungen zur Frage der Charismen in der Kirche» (1970), «Der Heilige Geist und die Kirche» (1989), «Kirche als Tempel des Heiligen Geistes» (1997). En estos escritos, Ratzinger compatibiliza la mencionada comprensión cristológica con la pneumatológica («el Espíritu es el fruto de la cruz», p. 361), tal como pretende esa visión unitaria que propone el concilio al proceder de la Trinidad a la Iglesia. Al mismo tiempo, la condición sacramental de la Iglesia será capaz de armonizar las dimensiones carismática e institucional de la realidad de la Esposa de Cristo.

En el último apartado, bajo el título «La estructura de comunión de la Iglesia», se aborda la cuestión del primado y la colegialidad episcopal, viejos temas ratzingerianos ya desde unos tempranos «Primat» (1963), «Primat und Episkopat» (1969) y «Fragen zu Struktur und Aufgaben der Bischofssynode» (1985). Las relaciones entre la dimensión universal y local de la Iglesia vuelven a ser abordadas en «Recht der Gemeinde auf Eucharistie? Die “Gemeinde” und die Katholizität der Kirche» (1982), «Gesamtkirche und Teilkirche. Der Auftrag des Bischofs» (1990) y «Ortskirche und Universalkirche. Antwort auf Walter Kasper» (2000). La eclesiología eucarística propuesta por el teólogo alemán coordina ambas dimensiones –local y universal– inseparables en la realidad eclesial, y no solo fundada en el episcopado y la sucesión apostólica. En este sentido, Ratzinger pretende compatibilizar ambas dimensiones, si bien otorga una prioridad ontológica y cronológica a la existencia de la Iglesia universal, como es bien sabido por el debate mantenido con el cardenal Kasper. Ambas dimensiones de la Iglesia encuentran su equilibrio en la conocida síntesis titulada «Die Ekklesiologie der Konstitution *Lumen gentium*» (2000). Como testigo directo del evento conciliar, resume en estas líneas la comprensión sobre la Iglesia propuesta por el Vaticano II. En fin, en los textos sobre el primado petrino («Primat

Petri und Einheit der Kirche», 1990; «Der Primat des Papstes und die Einheit des Gottesvolkes», 1978; «In Gemeinschaft mit unserem Papst Paul VI.», 1977; «“Vorsitz in der Liebe”. Der Cathedra-Altar von St. Peter zu Rom», 1997), profundiza en el ministerio de amor y unidad que desempeña el obispo de Roma, tal como había entendido ya en sus primeras indagaciones eclesiológicas.

En el campo de una eclesiología más concreta y particular, Joseph Ratzinger se ha ocupado sobre todo de los movimientos eclesiales en «Die kirlichen Bewegungen und ihr theologischer Ort» (1998) y «Die Bewegungen, die Kirche, die Welt» (t.o.: «I movimenti, la Chiesa, il mondo», 2000). Aquí también procura armonizar estos movimientos del Espíritu con la dimensión sacramental y apostólica presente en la figura del episcopado, cuyo origen es igualmente pneumatológico, además de en Cristo. Desciende también al nivel de las actitudes antropológicas y espirituales («Freiheit und Bindung in der Kirche», 1981), donde profundiza en los conceptos bíblicos de libertad y liberación, que encuentran a su vez la culminación a la obediencia en el amor. La santidad de la Iglesia será también uno de los temas que le ocupan («Kritik an der Kirche?», 1962; «Freimut und Gehorsam. Das Verhältnis der Christen zu seiner Kirche», 1962; «Die Schuld der Kirche», 2000). La Iglesia estará, a la vez, compuesta de santos y de pecadores. La tensión entre la santidad originaria de la Iglesia y los pecados de los cristianos constituye, recuerda Ratzinger, una continua llamada a la humildad y a la conversión (en esta línea se inscribe el documento de la Comisión teológica internacional, de 2000, sobre memoria y reconciliación de las culpas de la Iglesia, que Ratzinger, como presidente, comenta profusamente). Con san Agustín, entiende la petición de perdón como «dejar hacer a la verdad»: «*Nigra sum sed formosa* (Ct 1,5): “he sido manchada por los pecados, pero a la vez hermosa”, hermosa por la gracia y por lo que Tú has hecho» (p. 502). Este hecho hace comprensible que exista una crítica «en» la Iglesia, aunque no tanto una crítica «a» la Iglesia, al menos sin tener en cuenta su origen y finalidad sobrenaturales. Incluso con las miserias y limitaciones de sus miembros, la Iglesia puede seguir siendo signo de salvación en medio de un mundo dominado por el escepticismo y el relativismo. Completan este panorama una serie de homilías, pronunciadas en diversas circunstancias, que unen el trasfondo teológico y eclesiológico con su propia finalidad pastoral.

Pablo BLANCO